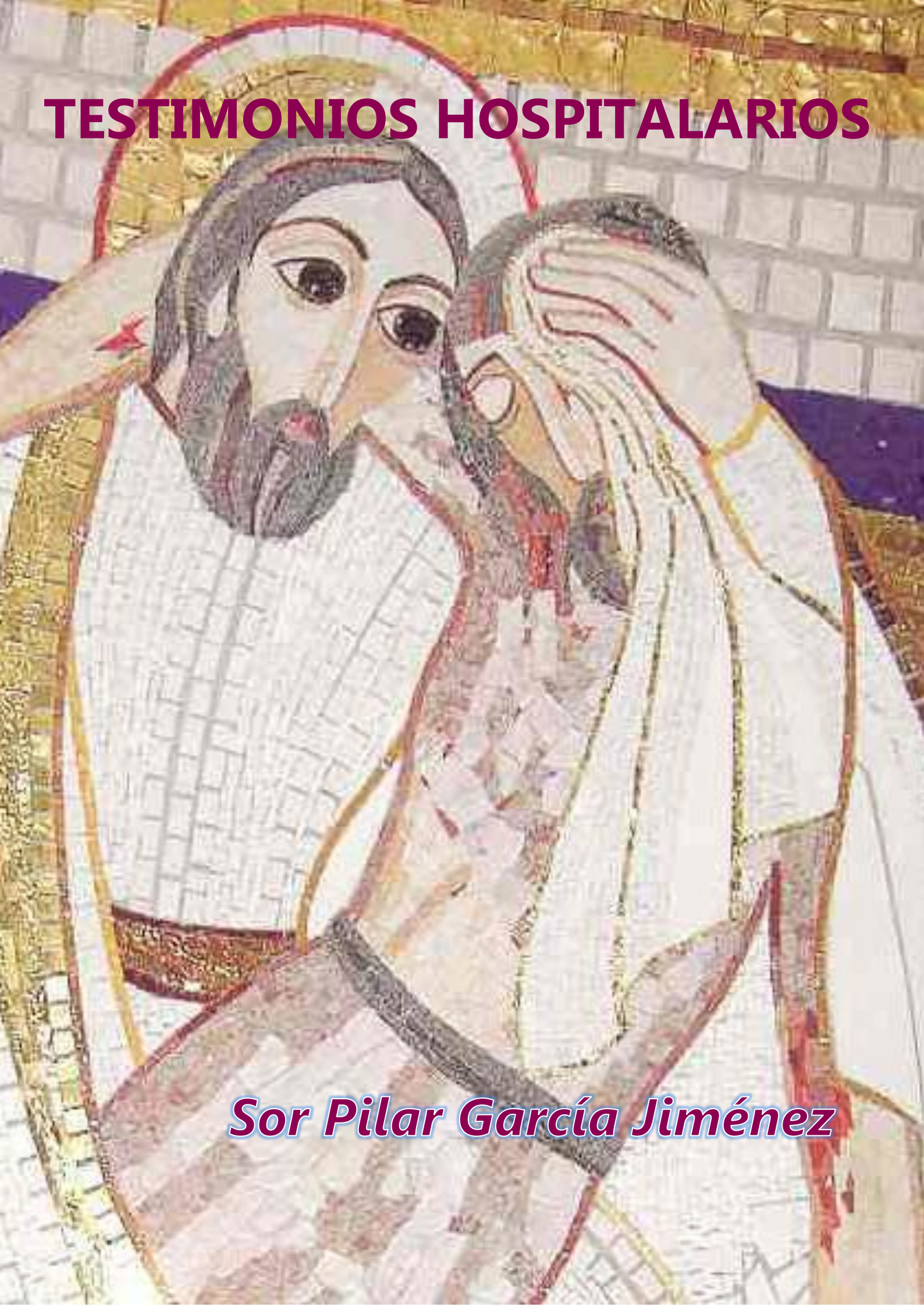


TESTIMONIOS HOSPITALARIOS



Sor Pilar García Jiménez



“Dios ha estado siempre en mi vida, Él me ha sido fiel y en Él he encontrado la felicidad”

Pilar García Jiménez

Hermana Hospitalaria del Sagrado Corazón de Jesús



- 1. Rasgos Biográficos**
- 2. Vocación**
- 3. Noviciado**
- 4. Profesión Perpetua**
- 5. Desarrollo de la misión**



1. Rasgos biográficos

Soy Pilar García, nací en el mes de marzo de 1951 en Aldea del Rey Niño, un pequeño pueblo de la provincia de Ávila (España), en el seno de una numerosa familia cristiana de doce hermanos, donde yo ocupé el quinto lugar. Mis padres Mariano García de Blas y Constantina Jiménez eran sencillos y buenos cristianos, intentaron educar a sus hijos en la fe cristiana e inculcarles el sentido del deber, el respeto, el amor, la verdad y la honestidad.

Hice mi primera comunión y fui confirmada el mismo día, a los ocho años de edad. Ese mismo año nos fuimos a vivir a Ávila capital, donde fui al colegio de Santa Teresa de Jesús hasta los doce años. En el colegio tuve la suerte de estar cercana a una religiosa Teresiana del Padre Poveda, la señorita Catalina, quien con su estilo de vida y su entrega a la educación influía en mí de un modo callado; invitándome a colaborar con ella en actividades extraescolares, pues nunca me dio clase.

Los años de mi infancia fueron muy normales, me sentí querida y cuidada. No crecí en la abundancia sino en la austeridad, aunque éramos muchos en casa y había que repartir nunca me faltó el cariño del hogar. Fue ahí donde, sin yo saberlo, se comenzó a forjar mi espíritu para la entrega, el compartir, el agradecimiento, el desapego... lo que después ha sido mi vida de entrega a Dios a través de la Hospitalidad.

2. Vocación

A la edad aproximada de diez años empecé a descubrir y admirar la grandeza de la entrega a los demás; cuando llevaba a mis hermanos más pequeños a la guardería que dirigían unas religiosas, admiraba su estilo, su gozo, su semblante sereno... evocaban en mí un deseo de imitarlas y seguir las. En algún momento les exprese estos sentimientos, mi deseo de querer ser como ellas. Aunque la idea me atraía mi vida continuaba en la más sencilla normalidad: jugaba, me divertía con mis amigos/as y empezaba a descubrir el mundo, a percibir la vida. Recuerdo que en ocasiones me sentía mundana, las cosas que me atraían no me saciaban; más tarde comprendí que Dios me esperaba y Él, como Padre, supo tomarme de la mano y guiarme hacia su casa.

Fue a través de mi madre como escuché la llamada. Como mujer hacendosa, se esforzaba para dar a su familia lo mejor que podía, un buen día se encontró con una señora con la que entabló una conversación y, a través de ella, me llegó la información del colegio que las Hermanas tenían en Arévalo (Ávila). En cuanto mi madre me enseñó la propaganda del Colegio, comprendí que aquello era una bonita oferta que Dios ponía a mi alcance y tome la decisión de ir allí. Preparamos las cosas y partí del hogar, presurosa y contenta.

Los años del colegio fueron felices, me llenaron de un mayor despertar a la vida, de mayor conocimiento de Jesucristo y de encuentro con el Dios Misericordia, que se esconde en los enfermos y que en ellos me llamaba a servirle. Por aquel tiempo disfrutaba con la lectura de libros de santos e historias de héroes, sentía el deseo de cosas grandes y ello iba creando en mí esa disposición. Las verdades de la fe se iban consolidando en mí, así como la devoción mariana. Fui descubriendo que junto a María siempre encontraba a Jesús.

3. Noviciado

En 1968 mis años de colegio llegaron a su fin y debí tomar una decisión más comprometida, dar una respuesta a Dios que me llamaba, dejar todo atrás y lanzarme al seguimiento de Jesús en el amor. Fui a despedirme de mi familia antes de ir a Ciempozuelos para comenzar el postulante y luego el noviciado. Visité entonces a la Virgen en su santuario de Sonsoles (Ávila), allí me encomendé a la Madre y bajo su manto le conté mis cosas y le expresé mis deseos. Hasta hoy Ella, María, me cuida, me lleva de la mano y me dispensa cuantas gracias necesito en el seguimiento de su Hijo.

Éramos dos colegialas las que debíamos iniciar el noviciado, pero la otra no volvió después de visitar a su familia, entendí entonces que la respuesta es siempre personal así como lo es la llamada de amor que Dios nos hace a cada uno. Fui a Ciempozuelos en marzo de 1968, comencé mi postulante en abril, con diecisiete años recién estrenados, y transcurridos seis meses inicié el noviciado.



En el tiempo de mi noviciado fue feliz, estaba entusiasmada y agradecida por el gran privilegio de la vocación religiosa hospitalaria. Jesús era mi gran ideal, con Él lo tenía todo, por Él hacía todo. En verdad, puedo decir que Jesús era mi felicidad. Una vez terminada mi etapa de noviciado me preparé para mi primera profesión que fue también definitiva, pues así era mi intención. Hice mi profesión el 29 de septiembre de 1970, tenía 19 años.

Durante los primeros años de votos temporales completé mis estudios de Bachiller y comencé la carrera de enfermería, pero después del primer año me pidieron que dejase esos estudios para dedicar un tiempo al ejercicio de la hospitalidad con los enfermos. Me costó aceptarlo, sabía que acarrearía dificultades para continuar posteriormente. Lo asumí, pero no sin gran dolor.

En el quinto año de mis votos temporales pase un periodo de turbulencias, de rebeldía. Mis energías explotaban, por todas partes, cual volcán que daña; eran cenizas que ardían y quemaban al pasar. En aquel tiempo, mi gran deseo era entender cuál era la voluntad

de Dios sobre mí para cumplirla, aun a costa de morir, de renunciar a mi propio plan. Acudía a Dios a pedirle su favor, que guiara mi vida en respuesta de verdad. No quería traicionarle, sino conocer y hacer su voluntad, que a veces confundía con la mía. Fue un tiempo de lucha interna, de oscuridad y rebeldía, pues de algún modo yo quería seguir mis propios caminos, mi vida... Dios acudió a mi encuentro en ese mi buscar, puso luz en mi camino, y yo me dejé guiar. Pedí hacer unos Ejercicios Espirituales (cosa que me sugirió otra juniora) para discernir con paz y, he aquí que, Dios me liberó por dentro de mi gran cautividad: era presa de mis miedos, del decir de los demás, de agradar más a los hombres que asirme solo a su plan (cf. Gal 1, 10). Así, liberada de mí misma, entendí la voz de Dios que me seguía llamando y trayendo liberación. Mis esquemas cambiaron, mi conducta mejoró y renové mi entrega en el servicio de Dios.



4. Profesión Perpetua

Aconsejada por los superiores, esperé un año más antes de hacer mi profesión perpetua; había pasado por un periodo de crisis y por la consiguiente conversión por lo que debía, de algún modo, madurar y probar que mi decisión de comprometerme de por vida era verdadera. A través de la oración fui cimentando, más y más, mi decisión de entregarme definitivamente a Dios. Comprendí que había intentado luchar contra Dios pero al final Él fue más fuerte que yo y me venció. Dios me sedujo y no pude resistirme a su amor y a Él también le *'encomendé mi causa'* (cf. Jr. 20,7-12).

Pronuncié mis votos perpetuos el 19 de septiembre de 1976. Fue un día grande y bonito, si bien vivido principalmente en el interior de mi corazón. Estaba dispuesta para lo que Dios quisiera de mí. Ese mismo día tome una mayor conciencia de ser Iglesia, de ser Hospitalidad dentro de la misma. Mi corazón se ensanchó, era como si me hubiera liberado de un contorno, de una forma. En mí resonaban las palabras de un canto de la celebración *'No te importen las razas ni el color de la piel ama a todos como hermanos y haz el bien'* *'Me fie de su amor'* (cf. 1 Tm 1,12).

Después de mi profesión perpetua completé los estudios de enfermería y al terminar la Superiora general de entonces, sor María Dolores Aldaba, me hizo la propuesta de ir a misiones a África. Desde un primer momento dije SÍ a este querer de Dios, solo hice una pregunta *¿será para siempre?*. No obtuve una respuesta rotunda, pero experimente que Dios me acompañaba y guiaba mis pasos.

5. Desarrollo de la misión

Ghana

Mi primera misión fue Ghana. Empecé a estudiar inglés en España, después fui a Inglaterra para perfeccionarlo, hasta que pude manejarme con soltura, y por fin llegó el día de emprender mi viaje a África, era el 28 de marzo de 1980.

El trayecto me pareció toda una aventura, iba sola hacia una tierra y unas personas desconocidas. En mi mente resonaban las palabras de aquellos cantos de misioneros que partían de su patria para no volver; yo estaba dispuesta a correr ese riesgo, Dios iba conmigo no había motivo para temer, Él sería mi fuerza.

La noticia de mi viaje no llegó a las hermanas sino a los Hermanos de San Juan de Dios de Koforidua donde se encontraban, en ese momento, sor Clotilde e Isabel Gaztambide; fueron ellas las que me esperaron y me llevaron al hospital de los Hnos. Tres días más tarde me marche a mi destino: Assin-Foso, donde las hermanas me acogieron fraternalmente en la comunidad. Recuerdo con especial cariño cuando, poco después de mi llegada, fuimos a Accra al encuentro con Juan Pablo II; fue todo un acontecimiento y también una bendición.



Los principios fueron un tanto difíciles, oscuros y duros parecía que aquello no tenía salida para mí. En esa situación de necesidad personal Dios estaba esperándome, una vez más, y yo deseaba encontrarle y servirle. Aún recuerdo mis pasos orantes durante el camino que va desde la casa de las hermanas al hospital, ese camino fue marcado por mis actos de fe en Dios y por mi sentida intercesión a Él, para que me diera su gracia y su ayuda. Con frecuencia, en mi primer año me decía *"esto no es para mí"* pero, a pesar de todo, iba metiéndome en la complejidad de la misión y Dios iba haciendo su callado trabajo dentro de mí. Celebramos el Centenario de la Congregación y fue un motivo de renovación, de cambio interior, yo lo llamo de conversión pues a partir de entonces me sentí mucho más centrada en la misión.

La comunidad fue un gran apoyo en todo momento, yo era consciente de toda la renuncia que suponía esa misión, pero en mi interior pesaba más el bien que se hacía a tantas personas enfermas y necesitadas. De algún modo Dios llenaba mi vida, guiaba mis pasos, renovaba mi fuerza cada día... En muchas ocasiones experimenté la mano providente de Dios en multitud de detalles, a través de mil formas y diversas personas, Él estaba siempre presente.

Roma

En 1987, fui a Roma a estudiar Metodología Pedagógica en la Universidad Salesiana (UPS). Fue una experiencia bonita y positiva, aunque comenzar de nuevo a estudiar fue duro pues había perdido el hábito.

De nuevo, Ghana

Una vez terminados los estudios, en febrero de 1990 volví a Ghana para abrir el noviciado de Elmina, con dos jóvenes nativas Florence y Georgina. Fue una tarea un tanto delicada, yo no tenía experiencia de formación y todo era nuevo para mí, pero Dios me dio luz y me guio a través de muchas personas. Así, poco a poco, fui dando mis primeros pasos en la tarea de formación. Después de estos comienzos, como Maestra de Novicias, fui alternando la formación de las distintas etapas: Noviciado, Juniorado y también la enfermería en el hospital de Assin-Foso.



Muchas y muy diversas han sido las situaciones vividas en África, en una de ellas estuve a punto de perder la vida pero Dios Providente, en la oscuridad del momento, me dio luz para actuar siguiendo su voz y me libro de la mano de los *"enemigos"*. Esto supuso un nuevo renacer en mi vida. Fueron muchas las experiencias positivas durante mi estancia en Ghana, tantos encuentros sanadores con los enfermos, tanta cercanía a los necesitados, tantas vidas recobradas, tantas necesidades básicas socorridas... Dios estaba cerca, cuidado de *"sus vivas imágenes"*.

A lo largo de los muchos años vividos en Ghana tuve cambios de departamento dentro del mismo hospital, algunos de ellos me costaron bastante. Recuerdo uno concreto que resultó más costoso,

recurrí a Dios para que me iluminase con su Palabra y me ayudase, Él no se hizo esperar dándome lo que en aquel preciso momento necesitaba *“Hazte pequeño en las grandezas humanas... no te preocupes por lo que te supera... atiende a lo que se te ha encomendado”* (Ecle. 3,17-21), de algún modo estas palabras fueron mi salvación y me han servido en otros momentos de la vida.

Otras experiencias

En el capítulo provincial de 2006 fui elegida Consejera, entonces fui a Inglaterra donde ayudaba en la misión y coordinaba la formación de la Provincia. También acompañé, durante el sexenio, a una novicia y a dos hermanas junioras de Ghana.

Otra experiencia particular ha sido el haber acompañado a las hermanas “Josefinas” en 2008 en Palencia. Posteriormente en 2011 y 2012 colabore en esta tarea con la hermana Leontine en Ciempozuelos. Todas estas experiencias me han enriquecido, fortalecido y consolidado mi vocación hospitalaria, me han ayudado a conocer más profundamente a los Fundadores y la Congregación y, en definitiva, a amar cada vez más mi vocación de servicio en hospitalidad.

India

En diciembre del 2012 al finalizar el capítulo provincial, la superiora general, sor Anabela Carneiro, me propuso ir a la India para acompañar a las hermanas junioras en ese continente. Esta propuesta no me pilló por sorpresa, pues según se iban desarrollando los acontecimientos percibí que Dios tenía para mí otro designio. Con prontitud acepté la proposición y una vez más dije SÍ a Dios, que a través de su mediación me hacía una nueva llamada a seguirle en cualquier rincón del mundo. Ahora me pedía responderle en el continente asiático.



Llegué a la India el 13 de enero de 2013, con un visado de turista por seis meses que desde entonces he ido renovando, no sin dificultades. Mi tarea es acompañar a las hermanas junioras que cursan

distintos estudios, llevar a cabo las tareas domésticas y colaborar en un programa para niños con distintos problemas de salud, debido a sus deficiencias alimenticias.



Es aquí en India, más concretamente en la ciudad de Shillong (Meghalaya) ubicada en la parte del nordeste del país, donde está hoy mi misión.

No tardé en adaptarme a este lugar, me siento realizada en mi vocación hospitalaria. Dios me precede dondequiera que me envía; se hace presente en muchos signos, se deja encontrar en los enfermos y necesitados que nos rodean y también en las hermanas de la comunidad con las que comparto mi vida.

Agradezco a Dios el tesoro de la hospitalidad, con el que me ha enriquecido, y la gracia de haberle sido fiel hasta el momento presente, a pesar de que no siempre mi respuesta ha sido tan generosa como lo es su amor hacia mí.

A lo largo de toda mi vida he experimentado que:

En mis dificultades, Dios ha sido FUERZA

En mi oscuridad, Él ha sido mi LUZ

En mi vida, Él ha sido el MOTIVO

En mi extravío, Él me ha ENCONTRADO

En mi pobreza, Él ha sido PROVIDENCIA

En mi soledad, Él ha sido mi AMIGO

En mi duda, Él ha sido CERTEZA

En mi ignorancia, Él ha sido MAESTRO

En mi debilidad, Él ha sido FUERZA

En mi nada, Él ha sido mi TODO

En mi caída, Él ha sido PERDON

En mi camino, Él ha sido mi BUEN SAMARITANO

Concluyo diciendo que Dios ha estado siempre en mi vida, Él me ha sido fiel y en Él he encontrado la felicidad.

Pilar García Jiménez, Hsc.